



**Encuentro con las Confer Diocesanas y Regionales.
Madrid, 21 abril 2012.
Elías Royón, S.J.**

Viene siendo habitual que en este encuentro mis palabras sean una presentación del tema central que ocupará la próxima Asamblea Nacional del mes de Noviembre, con la intención de que las programaciones de las Sedes diocesanas y regionales puedan tenerlo en cuenta.

El próximo curso 2012/2013, siguiendo las líneas de los objetivos del trienio se dedicará a la misión: "Misión como esperanza, esperanza como misión". Tendremos en cuenta lógicamente la "Nueva Evangelización para la transmisión de la fe"; se acabará de celebrar el Sínodo de los Obispos sobre este argumento y estará recién iniciado el año de la fe convocado por Benedicto XVI. (11 de octubre 2012).

La ponencia marco tendrá como título: "Jesucristo esperanza para el mundo. Como anunciarlo hoy desde la Vida Religiosa", que complementará la ponencia del segundo día dedicada a la "misión compartida", ya que hoy hablar en la práctica de misión en la vida religiosa, no es posible sin referirnos a los laicos/as que comparten la misión en nuestras instituciones apostólicas, desde la espiritualidad y el modo de ser y proceder de las diversas familias religiosas.

Complementarán estos argumentos unos talleres que tendrán como objetivos reflexionar e imaginar pistas de cómo la vida religiosa desde sus diversos carismas apostólicos puede aportar novedad al desafío de la Nueva Evangelización. También una mesa redonda recogerá diversas experiencias de varias Congregaciones sobre aspectos de la misión compartida.

Esta es en síntesis las líneas generales de la próxima Asamblea de Confer.

Ahora quisiera hacer con vosotros y vosotras una reflexión de cómo la Vida Religiosa anuncia hoy a Jesucristo. Evidentemente no es la ponencia de la Asamblea, que no la tendré yo, sino unas consideraciones que os pueden iluminar vuestros futuros programas de actividades.

Importancia del tema.

No cabe duda que se trata de un tema de suma importancia y actualidad: el anuncio de Jesucristo; concretamente en una sociedad en la que la secularización está haciendo cada vez mayor la brecha entre fe y cultura, como afirmaba hace años Pablo VI. (EN 20). O como formulan los "Lineamenta" para el próximo Sínodo sobre la Nueva Evangelización: "en las últimas décadas...la tarea de la evangelización se encuentra frente a nuevos desafíos, que cuestionan prácticas ya consolidadas, que debilitan caminos habituales y estandarizados; en una palabra, que obligan a la

Iglesia a interrogarse nuevamente sobre el sentido de sus acciones de anuncio y de transmisión de la fe.” (n. 3).

La misión núcleo de la identidad de la VR

El anuncio de Jesucristo, la misión, constituye el núcleo de la identidad de la vida consagrada y su sentido en la Iglesia. Así Juan Pablo II afirma en *Vita Consecrata*: “La vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión...” (VC n.3; cfr Ad gentes, 18) Y Benedicto XVI lo ha recordado recientemente: “La misión es el modo de ser de la Iglesia y, en esta, de la vida consagrada; forma parte de vuestra identidad; os impulsa a llevar el evangelio a todos, sin fronteras” (A los Superiores Generales 26/11/2010). Hacía pocos años, 2005, concretaba cómo se lleva a cabo esta misión de los consagrados/as: “Continúan la gran obra de evangelización y de testimonio en todos los continentes, como avanzadillas de la fe, con generosidad y a menudo, con el sacrificio de sus vidas hasta el martirio. Muchos se dedican por completo a la catequesis, a la educación, a la enseñanza, a la promoción de la cultura, al ministerio de la comunicación. Están junto a los jóvenes y sus familias, junto a los pobres, los ancianos, los enfermos y las personas que viven solas. No hay ámbito humano ni eclesial en el que no estén presentes de una manera con frecuencia silenciosa, pero también laboriosa y creativa...” (20 noviembre 2005, a la Plenaria de la CIVCSVA).

Testigos de la trascendencia

Anunciar a Jesucristo en nuestro mundo requiere como primer presupuesto, en palabras de los *Lineamenta* para el próximo Sínodo: “un proceso de discernimiento acerca del estado de salud del cristianismo, la verificación de los pasos cumplidos y de las dificultades encontradas” (n.5, pag 10). Aplicado a la vida religiosa supone dejarnos preguntar por el mismo Jesús, como sus discípulos, en Cesaréa “y vosotros quién decís que soy yo” (Mt 16,15). Una pregunta que se remite a la vida de los consagrados, como testigos de la “forma de vida que Jesús...abrazó y propuso a los discípulos que le seguían” (VC 22), y a su misma misión.

Posiblemente la mayor y más valiosa aportación de la vida religiosa a nuestra sociedad sea hoy el testimonio del sentido trascendente de la vida y todos los valores que este testimonio lleva consigo. Ofrecer un estilo de vida alternativo, que necesariamente será siempre contracultural, donde prive la centralidad de Dios. Cuando parece que la fe en el Dios de Jesucristo se evapora tan fácil y rápidamente, los religiosos somos llamados a dar testimonio del primado absoluto de Dios. Llevar a la radicalidad el “amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma, con todo tu ser”!. Ser testigos de un Dios con quién nos comunicamos en una relación de corazón a corazón, y no sólo de un Dios sobre el que especulamos teológicamente.

Buscadores de Dios en el mundo

“Buscadores de Dios” nos ha llamado Benedicto XVI. Y señala diversos ámbitos donde esta búsqueda tiene lugar. Porque no existe camino de auténtica búsqueda de Dios que no pase por una zambullida en el mundo; y por otra parte, toda solidaridad con el hombre y todo compromiso con el mundo, para ser auténticos, presupone el descubrimiento de Dios. (cfr Kolvenbach: A la Congregación General 34 de la Compañía de Jesús, 1995, pag 168). Buscadores, pues, de una presencia unificadora y luminosa en el fondo de una realidad con

frecuencia obscura, densa, dispersiva e incluso alienante, pero capaz de albergar en su seno la presencia de un Dios salvador presente en todas las cosas. Así se concreta el seguimiento y la imitación de Jesucristo, apasionado por el Padre y por la humanidad dolorida: situándole en el centro de nuestra mística y de nuestra profecía, integrando acción y contemplación, haciéndole raíz y por qué del servicio generoso y desinteresado a los hermanos más débiles y marginados de esta sociedad.

Anuncio y vivencia de Jesucristo.

La pasión por el anuncio de Jesús, cómo lo anunciamos y qué transmitimos, es un signo revelador de lo que vivimos, de lo que nos mueve para seguirle como consagrados. Transmitir la fe significa crear en cada lugar y en cada época las condiciones para que se de el encuentro entre los hombres y Jesucristo. (cfr *Lineamenta* n. 11 pag. 30). Como ha afirmado Benedicto XVI: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva..." (*Deus caritas est*, 25 diciembre 2005, n.1). Y es que el anuncio de Jesucristo no puede engendrar sólo admiradores de Jesús, sino creyentes en Cristo. Posiblemente es éste uno de los problemas que afecta de modo importante a la evangelización en nuestra cultura.

Es el Señor quién nos llama y nos envía a ser colaboradores de su misión. *"Llamó a los que El quiso... para que estuviera con El y para enviarlos a predicar"* (Mac 3,13-15). Pero no se puede anunciar a Jesucristo sin saber lo que significa "estar con El". La *misión*, pues, nace de la experiencia del "estar con El", y no será tal, si su origen se aleja de la experiencia de Cristo crucificado y resucitado. Porque la misión no es trabajo y tarea, es mucho más que eso. Es el compromiso total de nuestras personas con la Persona de Jesucristo, un "sí" que pasa necesariamente por la amistad y la familiaridad con el Señor de la mies. La experiencia del "estar" con Jesús impulsa a la misión, al anuncio, al compartir lo que se ha vivido. Aquí tiene su punto de confluencia e integración nuestro "ser" de consagrados con el "hacer" de la misión, a imagen de Jesús, el Hijo predilecto *"a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo"* (Jn 10,36). *"La misma vida consagrada...se hace misión, como lo ha sido la vida entera de Jesús"*. (VC 72).

En definitiva, si al preguntarnos por nuestra identidad de consagrados nos damos cuenta de que no somos testigos visibles del Evangelio, deberíamos preguntarnos por la causa de esta deficiencia: penuria de experiencia de Dios, debilidad en la pasión por Jesucristo.

Revitalizar la vida y misión.

En la actualidad todos compartimos que la vida religiosa en nuestro entorno sociocultural está viviendo momentos de debilidad y pobreza, que nos está haciendo más humildes; una situación que, con la ayuda de la gracia, estamos afrontando como una oportunidad del Espíritu, para enraizarnos más decididamente en los valores evangélicos. En medio de un camino no siempre luminoso vivimos un gran deseo de autenticidad, de escucha a lo que el Espíritu nos habla, de búsqueda del querer de Dios.

En esta tarea de escucha atenta está empeñada la gran mayoría de los Institutos religiosos españoles, en un esfuerzo por revitalizar su vida y misión. Revitalizar la pasión por Jesucristo de donde brota la pasión por la humanidad y el servicio a la Iglesia. Una tarea que presupone la sencillez y la humildad para reconocer que necesitamos esta renovación, ya que en ocasiones, en nuestras vidas y en nuestra misión, se instalan actitudes que no responden plenamente a los valores de radicalidad evangélica propios de la vida consagrada.

La "fidelidad creativa", en cuanto principio de esta revitalización, como sugiere *Vita Consecrata* (n.37), no quiere decir que la vida religiosa esté llamada a repetir cómo vivieron y qué hicieron sus fundadores y fundadoras. Indica más bien, realizar hoy lo que ellos harían en fidelidad al Espíritu, para renovar nuestra vida de consagrados y responder a las exigencias apostólicas de nuestro tiempo. Un proceso que exige fidelidad a las fuentes y a los desafíos apostólicos de hoy. Esto es, una atenta sensibilidad a lo que nos señala la Iglesia y a lo que está surgiendo en el mundo, y exige una respuesta creativa de nuestra parte. Todo esto integra la dimensión carismática constitutiva de la vida religiosa. En modo alguno, la vida religiosa en este empeño de revitalización pretende "sobrevivir" a cualquier precio, sino ser presencia viva en la Iglesia y en el mundo de una forma radical de seguir a Jesucristo, tal vez una minoría profética en la que la esperanza se mantiene viva, así como el deseo de evangelizar allí donde la urgencia es mayor y las necesidades más agudas.

Somos conscientes de que esta fidelidad creativa, a causa de la disminución de los recursos humanos, nos coloca ante interrogantes a las que no siempre resulta fácil dar respuesta. Se hace necesario un discernimiento apostólico a fin de priorizar qué instituciones o presencias apostólicas podemos continuar llevando con calidad y eficacia, a fin de prestar el mejor servicio a la misión del Señor.

Otras veces este servicio nos coloca en situaciones delicadas y ante exigencias difíciles en las que debemos desprendernos de prejuicios, intereses particulares y propios pareceres para disponernos al discernimiento espiritual y a la aceptación, llegado el caso, de las decisiones de nuestros Pastores, que evite desencuentros en la comunión eclesial.

El anuncio de Jesucristo por las mediaciones

Esta revitalización está acompañada de una presencia apostólica de notable variedad y creatividad, intentando ayudar a las nuevas necesidades espirituales y materiales que se han visto aumentadas de un modo extraordinario a causa de la crisis actual. Hay que decir, que se está dando una respuesta por encima de las posibilidades, si tenemos en cuenta los recursos humanos con que contamos. Lo cual no deja de crear inquietud por el riesgo de caer en un activismo que desgasta energías y crea tensión y desánimo interior.

No es posible hacer un recorrido por la diversidad de campos donde la vida religiosa ejerce su misión de anuncio de Jesucristo en la sociedad contemporánea española, indicando sus logros, dificultades, proyectos, fracasos. Una rica presencia que se extiende al campo social, de modo particular a la inmigración, a la educación, la teología, la bioética, la salud, el diálogo fe-cultura, el diálogo interreligioso, los medios de comunicación, la pastoral juvenil, la espiritualidad etc.

Ya he indicado cómo vivimos algunos aspectos fundamentales de este anuncio. Trataré de describir a continuación brevemente solo algunos campos que pueden tener alguna significatividad particular. El no hacer referencia a otros, en modo alguno quiere decir que tengan menor importancia o que los considere de segunda categoría.

Quizás sea oportuno recordar que la vida religiosa cree en las Instituciones como mediaciones para evangelizar. Ha creído en ellas a lo largo de la historia, las ha fundado, las ha promocionado y sostenido: desde centros universitarios hasta escuelas primarias, desde hospitales a centros de atención a drogodependientes, desde revistas a editoriales. Ya han pasado los años de la alergia a las Instituciones, y hoy, conscientes de sus fortalezas y sus debilidades para el anuncio de Jesucristo, reconocemos que son instrumentos que hacen a la misión posible, durable y eficaz; y a través de los cuales las diversas Congregaciones desarrollan su misión según su peculiaridad carismática.

Presencia en el campo de la cultura.

No pocas de estas instituciones están situadas en el ámbito cultural, y nadie puede dudar de la situación dramática por la que hoy pasa la evangelización de la cultura. Como hemos recordado, Pablo VI llegó a afirmar que *"la ruptura entre el evangelio y la cultura es sin duda el drama de nuestra época"*. (EN 20). Y Juan Pablo II, decía aquí en España en su primer viaje apostólico: "La síntesis entre fe y cultura no es solo una exigencia de la cultura, sino de la fe. Una fe que no llega a convertirse en cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada y no fielmente vivida". (En la Universidad Complutense, 3 diciembre 1982).

La vida religiosa ha tenido siempre un gran influjo en la transmisión de la cultura. Está presente en el ámbito cultural, y debe continuar asumiendo este camino difícil de evangelización, este "largo camino" como ha sido llamado, de Pablo en el Areópago de Atenas. "La Iglesia es hoy muy consciente de la necesidad de contribuir a la promoción de la cultura y al diálogo entre fe y cultura, dice *Vita Consecrata*, y añade: "los consagrados han de sentirse interpelados ante esta urgencia" (VC 98).

Este diálogo precisa de relaciones personales, largos procesos de acercamiento, aportaciones y presencias; un duro trabajo de testimonio, que frecuentemente carece de visibilidad, pero que se trata de un necesario camino para el anuncio de Jesús. Un diálogo y una presencia expuestos al riesgo de no acertar siempre en las formulaciones exactas o pastoralmente prudentes; como igualmente expuestos a interpretaciones abusivas de afirmaciones o pareceres en cuestiones difíciles y discutidas dentro de la enseñanza de la Iglesia, que vienen usadas a veces para dramatizar y enfrentar la vida religiosa con la jerarquía.

Jesús invita a ser *"sal de la tierra"* y *"levadura que fermenta la masa..."* (Lc 13,21) pero en modo alguno lo plantea en alternativa o conflicto con la presencia de la luz que ilumina el mundo sin esconderse o el anuncio de la palabra desde los tejados. (Mt 10,26-33). Será necesario discernir la oportunidad y conocer las situaciones concretas de los diferentes ambientes sociales y culturales para elegir las modalidades del anuncio.

Estas instituciones apostólicas exigen, no lo podemos olvidar, una compleja organización administrativa, jurídica, socioeconómica, laboral, a la que hay que dedicar tiempo, energías, preocupaciones, además de personas de una preparación nada vulgar. Con frecuencia, hay que reconocerlo, esta complejidad entorpece la consecución de los objetivos pastorales. Pero es la consecuencia de acoger el desafío de inculturar el evangelio en un mundo tan complejo como el nuestro. Acoger, en definitiva, la encarnación.

Misión compartida: la formación del laicado.

Desde los años ochenta en bastantes Institutos religiosos, en un primer momento, a causa de la disminución vocacional, se ha venido produciendo una importante incorporación de laicos en las propias obras apostólicas, incluso en tareas directivas. Con el tiempo se ha ido operando en muchos religiosos una actitud nueva en relación con el laicado: la de una mayor y nueva colaboración intraeclesial. La animación de un laicado que asume su responsabilidad de bautizados en el servicio eclesial de la misión en estas instituciones apostólicas; de este modo se lleva a término el deseo de que "los laicos tomen parte activa, consciente y responsable en la misión de la Iglesia en este decisivo momento de la historia" (*Christifideles laici*, 3).

Hoy podríamos decir que la misión tiene en sí, muy dentro, en su corazón, la necesidad de desplegarse en colaboración. Es necesidad vital. En colaboración, la misión no solo es más productiva, sencillamente es más misión eclesial. Ya hablamos con naturalidad de "misión compartida", expresando una colaboración mutua en la misión común, desde la participación en la espiritualidad y el modo de proceder de las Congregaciones. No se trata de una nueva identidad. Se trata de un aliento que puede hacer crecer y potenciar otras identidades eclesiales laicales en sintonía espiritual y apostólica con los religiosos.

Exige una respuesta al desafío de formación que esta colaboración supone. Importa mucho que además de la formación profesional, específica para la misión apostólica concreta, se insista en el conocimiento experiencial de los núcleos de la espiritualidad de las congregaciones, que justifican la misión. En pocas palabras, además de los contenidos de la misión, es esencial el fondo motivacional-espiritual de donde brota aquella, y el estilo de llevarla a término, indispensables para garantizar la identidad cristiana y religiosa de las instituciones. No faltan dificultades pero es justo reconocer también los buenos resultados que los planes de formación están consiguiendo y el número elevado de participantes.

Misión educativa.

La tradición educativa de la vida religiosa en la Iglesia ha creado un tesoro histórico de recursos pedagógicos, reflexión, investigación, instituciones, personas — consagrados y laicos— en el mundo de la escuela y de la educación, tan importante y necesaria para la iniciación a la fe. (cfr *Lineamenta* n. 20, pag 54). La vida religiosa continúa comprometida en esta misión reconociendo su valor y necesidad para la evangelización. Pero hay que admitir que tiene que realizarla en un contexto sociocultural cada vez más difícil, hasta el punto de que el mismo Papa habla de "emergencia educativa", aludiendo no sólo a las dificultades de la acción educativa

cristiana sino, más en general, de toda acción educativa. (11 de junio 2007. *En la inauguración de los trabajos de la Asamblea Diocesana de Roma.*).

El anuncio de la fe es un tema central en nuestros Centros. En el marco del pluralismo y, de la secularización vigente en nuestra sociedad, es preciso que el testimonio de Cristo y del Evangelio adquiera transparencia y visibilidad. A pesar de sus limitaciones institucionales, nuestros Centros están exigidos, dado el momento cultural en que vivimos, de la visibilidad evangelizadora y la transparencia de la motivación cristiana que justifican su existencia. Posiblemente en nuestro contexto europeo, no basta ser sal de la tierra sino que es necesario ser luz que ilumina y ayuda a encontrar caminos hacia la verdad. La identidad de los Centros está unida a esta visibilidad. Creo que se puede afirmar que los Centros educativos de los religiosos/as en España, con debilidades y deficiencias, tienen un proyecto educativo de estas características y ponen todos los medios necesarios para llevarlo a la práctica.

Misión con la juventud

Esta misión educativa referida de modo particular a la escuela no debe dejar en segundo plano la presencia misionera entre los jóvenes que de modos diversos realizamos los religiosos y las religiosas. Todos conocemos bien la complejidad y la contradicción de la cultura de los jóvenes. Se señala un poco por todas partes, que son el símbolo de la cultura del "subjetivismo", del que son las víctimas más vulnerables. Una cultura fuertemente hedonista, que considera a la persona como criterio y medida de toda opción de vida como emblema del puro sentir. (cfr *La Pastoral de las vocaciones. Documento de trabajo del Congreso sobre las vocaciones...* Roma 1997, n.30).

Sin embargo, no falta el nacimiento de "nuevos valores" o sensibilidades en muchas zonas del mundo juvenil; como por ejemplo una clara simpatía por la vida como valor absoluto, un compromiso con las experiencias de solidaridad, un rechazo de lo inauténtico, un deseo de justicia y apertura a la diversidad y a las diferencias de cualquier índole. Incluso en no pocos, hay una nostalgia de absoluto, de silencio, de interioridad, de oración. Hay necesidad de acompañarles y orientarles para que esas experiencias puedan llegar a ser experiencias cristianas y quizás experiencias que lleven a preguntarse qué quiere Dios de sus vidas. Se nos llama a ser los mistagogos que estos jóvenes buscan, y eso supone disponibilidad para ofrecer tiempo de escucha y acompañamiento; una tarea de la que con frecuencia no se obtienen frutos cuantificables y humanamente eficaces. No podemos abandonarles porque tengamos otras tareas que consideramos más significativas o tal vez más gratificantes; ni rechazar el desafío de apostar por los jóvenes y anunciarles a Jesucristo, esforzándonos por buscar nuevos lenguajes con el que proclamar el evangelio.

La cercanía a los pobres.

No podemos terminar esta breve descripción de las presencias apostólicas de los religiosos/as en la Iglesia española, sin hacer una mención particular a la opción por los pobres y la promoción de la justicia. Benedicto XVI en la alocución a los Superiores Generales, antes aludida, cuando define a los consagrados como buscadores de Dios, afirma: "lo buscáis particularmente en los pobres, primeros destinatarios de la Buena Noticia" (cfr Lc 4,18). Sin ocultar los fallos y deficiencias en

las motivaciones y realizaciones, ha habido y continúa habiendo una gran generosidad que ha reportado signos de solidaridad evangélica, desvelando en la sociedad un aspecto del rostro de la Iglesia.

En una sociedad en la que la producción y el consumo, el mercado y el provecho se imponen cada vez más como proyecto imprescindible, con el consiguiente aumento del número de los excluidos, la vida religiosa, desde la Iglesia, no puede tomar mejor camino hacia Dios ("buscadores de Dios") que el de los pobres, comprometidos con ellos y por ellos. El testimonio eclesial de la *caridad* que anuncia el mensaje de Jesús: "Dios es amor"; que nos ayuda a recordar a todos, dentro y fuera de la comunidad cristiana, que el hombre no vive solo de pan sino de la palabra de Cristo que exige para toda persona humana, sin excepción, la plenitud de su humanidad y la destrucción de todas las estructuras deshumanizadoras.

Sería imposible enumerar las zonas de pobreza y marginación donde los religiosos y religiosas están presentes. Una presencia desde la capilaridad de las "Caritas parroquiales" a las nuevas instituciones intercongregacionales que buscan una mayor colaboración y eficacia. Se han desarrollado con creatividad los carismas propios en los ámbitos de la enfermedad y el dolor, la deshumanización de la trata, la soledad de los ancianos, las cárceles, el desarraigo y la exclusión de los inmigrantes, las nuevas pobreza de nuestras ciudades como la droga, la violencia y las consecuencias de la actual crisis económica y moral que afecta a tantas familias.

Quizás haya que destacar en este apartado la presencia de religiosos y religiosas en la emergencia de la inmigración, con una estrecha colaboración con bastantes instituciones eclesiales. Se ha desarrollado una gran creatividad a fin de encontrar soluciones a sus necesidades, desde la primera acogida hasta las tareas educativas que faciliten una adecuada inserción social. Hay una presencia significativa en los medios de comunicación, en atisbos de diálogo interreligioso, en el campo más intelectual con estudios especializados que pretenden influir acerca de las administraciones públicas, en la elaboración de leyes y reglamentos, así como para crear un ambiente social más favorable y denunciar las injusticias que caecen tan frecuentemente.

En la Iglesia y para la Iglesia.

Para concluir, quisiera afirmar, una vez más, que colaborar a la construcción de la comunión eclesial es uno de los objetivos que CONFER más acaricia. Personalmente creo en su posibilidad y en su necesidad, porque para el anuncio de Jesucristo todos somos necesarios.

La vida religiosa es esencialmente un servicio en la Iglesia y para la Iglesia. Un servicio que los religiosos prestan en las Iglesias locales, desde su ser de consagrados y desde su actuar misionero, según los carismas que le son propios, procurando no caer en la tentación de llevar una vida o una pastoral paralela. Sería deseable avanzar en una colaboración más planificada y en un reconocimiento más explícito de esas presencias pastorales de los religiosos como parte de la pastoral diocesana. De modo particular en la respuesta conjunta al desafío eclesial de la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe.